

Jeremías 20

Jeremías también tuvo su «huerto de Getsemaní»

Dayton Keese

El capítulo 20 es uno de los más poderosos del libro de Jeremías; a pesar de esto, es uno de los menos entendidos. En él se narra el «huerto de Getsemaní» que Jeremías experimentó (vea Mateo 26.36), en el cual él —al igual que nuestro Señor— se entristeció en gran manera, incluso hasta la muerte. Al entender la suficiencia de Dios en este tiempo de necesidad, ¡él pudo hacerles frente a todos los conflictos que llegaron a convertirse en la cruz que tuvo que llevar!

Este capítulo constituye un pivote entre el entendimiento que tiene Jeremías de las grandes promesas que le hizo Dios (1.17–19) y las más grandes tribulaciones que sufrió el profeta (tribulaciones que comienzan aquí y se manifiestan más adelante en 26.8; 28.9, 10; 36.5, 21–26; 38.4–6; 43.5–7). Contiene algunas de las lecciones más poderosas que un predicador puede aprender, al demostrar cómo una gran dosis de estrés abrió la puerta a una gran dosis de confianza.

Jeremías manifestó su intención de no hablar más en nombre de Dios (vers.^o 9); sin embargo, en ese momento, su fe en el cuidado de Dios pasó de repente a ocupar un primer plano. El tiempo que pasó Jeremías a solas con Dios, fortaleció su voluntad contra las maldades que sus coterráneos cometerían contra él en los días venideros. Todo predicador desanimado, y todo cristiano indeciso necesita las poderosas lecciones prácticas que se encuentran en este capítulo. Este fue un momento decisivo en la vida de Jeremías, ¡y su mensaje podría tener una influencia parecida en cualquier discípulo desanimado que sorba hasta la última gota de enseñanza que hay en él!

EL CASTIGO INFLIGIDO AL PROFETA (20.1–6)

Las amenazas contra Jeremías se multiplicaron (11.18–19). Comentarios engañosos e hipócritas fueron hechos incluso por parientes (12.6). Empezaron a darse las contiendas y las discordias (15.10), y los burladores lo ridiculizaron (15.15, 17; 17.15; 18.18). Se había cavado un hoyo para el profeta (18.20, 22). Hasta el momento de lo que se narra en el capítulo 20, no obstante, todavía no se habían hecho ataques a su integridad física. Durante el reinado del buen rey Josías, no se hubiera permitido un maltrato de tal naturaleza (627–609 a. C., vea 1.2–3). Para el cuarto año del reinado de Joacim, no obstante, Jeremías andaba en la clandestinidad (36.1, 26 —605 a. C.). Por lo tanto, los eventos que estudiaremos en el capítulo 20, ocurrieron en algún momento entre el 609 y el 605 a. C.

El sacerdote Pasur hijo de Imer, que presidía como príncipe en la casa de Jehová, oyó a Jeremías que profetizaba estas palabras. Y azotó Pasur al profeta Jeremías, y lo puso en el cepo que estaba en la puerta superior de Benjamín, la cual conducía a la casa de Jehová (vers.^{os} 1–2).

Este ataque a su integridad física fue llevado a cabo por Pasur, ¡el sacerdote que presidía como príncipe en la casa de Jehová! (Vea 1^o Crónicas 9.11; 2^o Crónicas 31.13). El audaz anuncio en el sentido de que Dios estaba a punto de traer mal sobre los dirigentes y sobre todo el pueblo de Judá (19.1–3, 9, 15), incitó a Pasur a la acción. Hizo que azotaran¹

¹ Vea la definición de *nakah* en el pie de página 11 de la lección «¿Por qué nos hiciste herir?».

ASUNTOS RELEVANTES. Tema: El orden de los acontecimientos: ¡Pasur el sacerdote se llenó de pecado! ¡Persiguió al varón de Dios, y el juicio de Dios vino sobre Pasur! **Gema de verdad:** 20.5: «¡Temor por todas partes!» (el significado del nuevo nombre de Pasur, Magor-misabib).

a Jeremías, y es probable que en este castigo se aplicaran los cuarenta azotes tradicionales (vea Deuteronomio 25.2–3). También hizo que lo pusieran en el cepo. Imagínese usted lo ocurrido:

Por el resto de ese día y durante toda la noche, el profeta estuvo en la puerta, expuesto al principio a las burlas e insultos de sus adversarios, y a la chusma que seguía a estos. Con el lento avance de las horas el cansancio hizo presa del profeta, y la cruel máquina que le obligaba a juntar manos y pies en un solo manojito, y a doblar su cuerpo en dos, hizo que se le acalambasaran dolorosamente las extremidades. Este cruel suplicio parece haber sido la forma como acostumbraban tratar a los que eran considerados falsos profetas por las autoridades. Este fue el trato que recibió Hanani por haber hecho advertencias al rey Asa (2º Cr. 16.10), unos tres siglos antes de la época de Jeremías. Algunos años más adelante en la vida de este, se intentó aplicarlo nuevamente en su caso (Jer. 29.26).²

¿Acaso intimidaron al profeta de Dios los azotes y la humillación? Más bien parece todo lo contrario. En primer lugar, Jeremías declaró con osadía que Pasur había recibido un nuevo nombre de parte del Señor: «Magor-misabib», que significa: «terror por todas partes», o «terror por todos lados» (vea vers.^{os} 3–4). Jeremías no dejó duda alguna en cuanto a la razón que tenía Dios para un nuevo nombre. Pasur se convertiría en un terror a sí mismo, y a sus amigos, a quienes vería morir delante de sus propios ojos (vers.^o 4). A medida que el pueblo era llevado al cautiverio o moría, las falsas profecías de Pasur serían reconocidas como las mentiras que eran. De allí que Pasur se convirtiera en «terror»³ a sí mismo y a todos los que andaban cerca de él y de su siguiente profecía mentirosa. Irónicamente, fue el cautivo Jeremías el que informó a Pasur de que él y sus amigos llegarían a ser cautivos (vers.^o 6).

En segundo lugar, Jeremías se refirió con mayor detalle a la fuerza del norte, mencionándola como la potencia de Babilonia: «y a todo Judá entregaré en manos del rey de Babilonia, y los llevará cautivos a Babilonia, y los matará a espada» (vers.^o 4b; vea 1.13; 13.20; 16.15).

En tercer lugar, Jeremías anunció, lleno de seguridad, otro juicio de Dios contra Judá:

² C. J. Ball, *The Prophecies of Jeremiah: Chapters 1–20* (Las profecías de Jeremías: Capítulos 1–20), *The Expositor's Bible*, ed. W. Robertson Nicoll (New York: A. C. Armstrong and Son, 1903), 411–12.

³ Del hebreo *magor* —«... terror, espanto, Sal. 31.14; Jer. 6.25; 20.3, 10» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldean Lexicon* [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius] [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 448).

Entregaré asimismo toda la riqueza de esta ciudad, todo su trabajo y todas sus cosas preciosas; y daré todos los tesoros de los reyes de Judá en manos de sus enemigos, y los saquearán, y los tomarán y los llevarán a Babilonia (vers.^o 5).

La riqueza y la fortaleza de su ciudad serían tomadas; los productos de su trabajo y sus tesoros serían trasladados a Babilonia.⁴

Aunque azotado, Jeremías salió libre de este enfrentamiento con Pasur y sus hombres. Había declarado juicio sobre un falso sacerdote y profeta. Su corazón estaba lleno de confianza en el cuidado de Dios, tal como lo prueba el versículo que sigue.

EL PODER DEL PROFETA (20.7–10)

Jeremías se llenó de la seguridad necesaria para hablar el mensaje de Dios una vez más. Si bien el territorio y los oyentes eran los mismos, y las condiciones todavía eran preocupantes, el panorama que se le presentaba al profeta en su mente, y en su intimidad, estaba sólidamente dirigido a Dios, ¡y esto le daba la certeza de que se mantendría en pie!

El versículo 7 no debe interpretarse como una acusación contra Dios, sino como un gozoso elogio. Jeremías estaba diciendo que Dios lo había «seducido»⁵ y había vencido. La palabra «seducir» está rodeada de problemas. Lo que Dios había hecho con Jeremías le había producido dudas, frustraciones, temores y depresión a este. Estas condiciones se reconocen y se describen claramente en los versículos 7 y 8, donde se lee:

Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste; cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí. Porque cuantas veces hablo, doy voces, grito: Violencia y destrucción; porque la palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio cada día.

En el versículo 9 dice: «Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude». Las palabras anteriores declaran el impacto que tuvieron aquellas condiciones en el profeta. En resumen, ¡Jeremías estaba a punto de huir, y de no servir más como portavoz de Dios! Si bien anhelaba escapar, ¡no dejó de predicar! Continuó hablando, y reconoció que lo único que posibilitaba esto era que Dios lo había convencido. Por lo tanto, en el versículo 7, Jeremías no estaba acusando a Dios cuando declaró que Este lo había seducido.

⁴ Vea 27.21–22; 2º Reyes 20.16–18; 2º Crónicas 36.10, 18.

⁵ Del hebreo *pathah* —«... engañar a alguien [...] hacer creer algo con palabras a alguien» (Tregelles, 696).

Estaba declarando la victoria porque Dios había sido «más fuerte».⁶ Dios había podido comprender la debilidad de Jeremías, y sabía exactamente qué decir y qué hacer para elevar al profeta a un nivel de desempeño superior a sus debilidades. Verdaderamente, Dios puede (2ª Corintios 3.4–5; 9.8).

Eche un vistazo al humillante ambiente que rodeaba a Jeremías:

1. «Cada día he sido escarnecido»⁷ (vers.º 7c).
2. «... cada cual se burla⁸ de mí» (vers.º 7d).
3. «... la palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio⁹ cada día» (vers.º 8).

Jeremías comenzó su ministerio de predicación cerca del 627 a. C., y este contexto se sitúa en algún momento entre el 609 y el 605 a. C. Había servido a este pueblo rebelde durante unos veinte años. No hay duda de que debió de haber sentido el impacto de la respuesta de Judá. En el capítulo 11, Dios primero informó a Jeremías del deseo de ellos de hacerlo callar, e incluso de que no hubiera más memoria de él (11.18–23). A partir de ese momento hemos tenido vislumbres periódicos de su sufrimiento (12.1–6; 15.10, 15–18; 17.15–18; 18.19–23). En este capítulo, Jeremías añadió que tuvo dolorosos pensamientos íntimos (vers.º 9). No conocemos las circunstancias exactas en que estos pensamientos pasaron por su mente, pero es obvio que en su corazón cargaba con un peso casi insoportable. Cuando más vulnerables nos sentimos, es cuando la gracia de Dios nos hace fuertes (vea 1ª Corintios 10.12–13; 2ª Corintios 12.7–10).

La confianza en Dios ardía como un fuego en el corazón de Jeremías. Parecía asombrado de que en su corazón se estuviera alimentando este fuerte impulso por predicar; porque como humano que era, ¡él estaba a punto de renunciar!

Es necesario aprender dos partes de una importante lección que se desprende de este momento del ministerio del profeta. La primera es que al estar la Palabra de Dios dentro de nosotros, esta puede consolarnos o consumirnos, dependiendo de cómo reaccionemos a ella. Si nos da miedo hablarla, nuestro incumplimiento hará

que carguemos con una gravosa muerte en lo íntimo. En segundo lugar, debemos entender por qué esto es así: la Palabra de Dios no es fuego solamente, sino también un fuego que desea salir. Se nos ha bendecido con un «evangelio» que se desplaza (Mateo 28.18–20; Marcos 16.15–16). El tratar de «retenerlo»¹⁰ (vers.º 9; NASB) solo producirá frustración y fracaso personales. Algunas personas se esfuerzan más por retenerlo que por darlo a los demás. Jeremías no pudo *contener* el mensaje de Dios. Tenía que decirlo. ¡Demasiados hermanos se han convertido en contenedores del pacto! Domingo tras domingo, escuchan y aprenden; ¡pero jamás proclaman el mensaje para que otros puedan recibir el pacto ratificado con sangre del Redentor!

Jeremías habría entendido las palabras de Pedro cuando este enfrentó a la multitud en Hechos 4.20, diciendo: «porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído». El descubrimiento que hizo Jeremías de la compulsión de hablar le produjo estabilidad y fortaleza espirituales. Pudo comprobar cuán cierta era la promesa de Dios (1.17–19; 15.19–21). La suficiencia de Dios le dio estabilidad en medio del caos que le rodeaba en ese momento. Más adelante, lo puso por escrito con el fin de no olvidarlo (Lamentaciones 3.19–27, 55–58; vea Hebreos 13.5–6).

¿Qué seguridad podemos tener de que no abandonaremos la obra de Dios cuando nuestro espíritu empiece a desmayar? La respuesta se encuentra aquí. No nos rendiremos mientras Su palabra se encuentre en nuestros corazones, ardiendo como un fuego en nuestros huesos, tal como se encontraba en el corazón de Jeremías (vea 1ª Juan 2.14).

La determinación con que Jeremías siguió hablando no se produjo porque los burladores se hubiesen ido. Estos hicieron más intentos diabólicos por destruir al profeta de Dios (vers.º 10):

1. Jeremías oyó «la murmuración¹¹ de muchos».
2. Enfrentó «terror» por todas partes. He aquí la misma palabra dicha a Pasur en el vers.º 3. Es probable que se mencione aquí como una ironía de lo que el enemigo deseaba que Jeremías sintiera; es irónico que usara contra ellos las mismas palabras con que quisieron amedrentarlo.

⁶ Del hebreo *yakol* —«... ser poderoso, prevalecer [...] tener dominio de cualquier cosa difícil, esto es, comprenderla, Sal. 139.6» (Ibíd., 348).

⁷ Del hebreo *sachaq* —«... reírse de [...] pero especialmente con desprecio [...] bromea (prop. Reír repetidamente), Jer. 15.17 [...] reírse en son de burla, ridiculizar» (Ibíd., 787–88).

⁸ Del hebreo *la'ag* —«... hablar bárbaramente [...] burlarse de, ridiculizar, [...] reír» (Ibíd., 440).

⁹ Esta es la misma palabra «escarnecido» del versículo 7.

¹⁰ Del hebreo *kul* —«... recibir, retener, contener [...] detener [...] proteger» (Tregelles, 386).

¹¹ Del hebreo *dibbah* —«... difamación susurrada, informe maligno» (Francis Brown, S. R. Driver y Charles A. Briggs, *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament [Léxico hebreo e inglés del Antiguo Testamento]* [London: Oxford, Clarendon Press, 1957], 179).

3. El objetivo que perseguían, era «denunciarlo».¹² Este término es un ejemplo de chismorreó impío. Estas personas lo estaban calumniando.
4. Aun sus amigos de confianza estaban a la expectativa de su caída. Este «mirar»¹³ es un término que se refiere a la observación y atención concentradas. Se mantenían en atenta vigilia para verlo «claudicar».¹⁴
5. Deseaban «atraparlo»¹⁵ por cualquier medio. Era un complot deliberado, no una acción fortuita.
6. Este pueblo deseaba «venganza».¹⁶

La obsesión del pueblo con la idea de destruir al profeta, abarcaba desde el sutil espíritu de denuncia hasta el deseo de castigarlo. Jeremías había tratado durante veinte años de hacerlos volver a Dios. Después de darse cuenta de su posición delante de Dios y delante del pueblo, ¡lejos estaba él de dejar de hablar!

EL PROFETA ALABA A DIOS (20.11–13)

La razón por la que Jeremías alaba a Dios es manifiesta, pues dice: «Mas Jehová está conmigo como espantoso campeón» (vers.º 11; NASB; vea Hebreos 13.5–6). Charles Ellicott hizo notar que en esta afirmación hay un mensaje especial pues Jeremías formó la frase usando como eje la palabra «espantoso» («terrible»; KJV) y la relacionó directamente con la promesa de Dios:

En el uso del adjetivo «espantoso» se le da importancia especial a este. Jehová había prometido librar al profeta de la mano de los «malos» (cap. 15.21). Él, el Dios fuerte (Is. 9.6), demostraría ahora que era más terrible que los enemigos del profeta, que era mejor ser objeto de la ira de ellos antes que la de Él (Is. 8.12–13).¹⁷

La presencia de Dios le dio confianza a Jeremías. El versículo 11 revela cinco fases que llevaron a la completa derrota de sus enemigos:

1. Ellos tropezarían. Son muchas las razones por las cuales las personas tropiezan: por temor (8.14); por malas decisiones (19.7); por la hambruna (19.9). Jeremías ya había declarado las causas que los harían tropezar a ellos.

¹² Del hebreo *nagad* —«... declarar, decir [...] informar [...] algo oculto o misterioso [...] hacer de informador, Jos. 2.14, 20; Jer. 20.10; Job 17.5» (Ibíd., 616–17).

¹³ Del hebreo *shamar* (Tregelles, 837).

¹⁴ Del hebreo *tsela'* —«La idea primordial es la de cojear o de llegar a estar cojo, lo cual llevaría a la caída (Ibíd., 711).

¹⁵ Del hebreo *pachah* —«... atrapar en una red, coger en una trampa» (Ibíd., 672).

¹⁶ Del hebreo *naqam* —«... reprender, castigar [...] infligir un castigo, vengarse» (Ibíd., 565).

¹⁷ Charles J. Ellicott, *Ellicott's Commentary on the Whole Bible* (Comentario Ellicott de toda la Biblia), vol. 5 (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1959), 72.

2. No prevalecerían (1.19; 5.22; 15.20). Dios había tranquilizado continuamente a Jeremías con esta verdad, la cual él por fin reconoció (vers.º 7).
3. Serían avergonzados en gran manera (vea 2.26; 8.9; 12.13; 14.3–4; 15.9; 17.13). Había gran cantidad de pruebas que confirmaban esta verdad. ¡Cuán enérgica fue la manera como las palabras de Jeremías afirmaron aquí sus propias manifestaciones proféticas del cuidado de Dios! Esta confianza cambió totalmente la percepción que tenía Jeremías de las circunstancias que le rodeaban.
4. Ellos fracasarían. Este paso no solo resumía las aseveraciones anteriores, sino que también correspondía a lo que el profeta había anunciado (2.3, 7; 3.25; 7.19).
5. Tendrían «perpetua confusión».¹⁸ ¡El hecho de que Dios conservara las palabras de Jeremías, hizo que el conocimiento de la terrible reputación de ellos llegara intacto hasta nuestros días!

En el versículo 12, dice: «Oh Jehová de los ejércitos, que pruebas a los justos, que ves los pensamientos y el corazón, vea yo tu venganza de ellos; porque a ti he encomendado mi causa». El justo (Jeremías) había sido verdaderamente «probado»¹⁹ (10.24; 11.20; 12.3; 15.15; 17.10). Una y otra vez, hemos visto cómo trabajó Dios con Su profeta. Es importante que todos los que recurran a Dios, se den cuenta de que Él castiga y prueba a Sus hijos con amor y comprensión (vea Hebreos 12.3–7). Como resultado de esto, Jeremías llegó a tener confianza de que él podía pasar la prueba de Dios. ¿Puede usted mantenerse en pie delante de Dios? (Vea Romanos 14.10–12.) Si la respuesta es afirmativa, entonces podrá usted prever, como Jeremías previó, que Dios se venga de los malignos, pues Él ha dejado clara Su causa.

Jeremías estalló en cántico y alabanza para el Señor, en el versículo 13: «Cantad a Jehová, load a Jehová; porque ha librado el alma del pobre de mano de los malignos». Este momento bien pudo haberse producido después de los azotes y de la noche que pasó en el cepo. Durante años, Jeremías había servido fielmente a Dios, aunque cargado de frustración y confusión. En este capítulo la tensión más grande se la produjo el haber sido azotado y encarcelado. Como profeta de Dios que era, acababa de dejar atrás el peor momento que hasta ese

¹⁸ Del hebreo *kelimmah* —«... reproches que no cesan [...] la corrección que me insulta [...] con aquellos que caen en el hoyo [...] Ez. 36.7; 39.26» (Brown, Driver y Briggs, 484).

¹⁹ Del hebreo *bachan* —«... buscar, examinar, probar, evaluar [...] dicese del examen que hace Dios de los corazones de los hombres, Sal. 7.10; 17.3; Pr. 17.3 [...] escrutar, vigilar» (Tregelles, 111).

momento había experimentado, ¡y ahora que salía a predicar, era un vencedor lleno de confianza! Tenía confianza no en quién era él, ¡sino en Aquel a quien servía! Cuando Jeremías estuvo a punto de dejar de hablar, ¡no dejó de hacerlo! En la medida que creció la presión, también creció el profeta de Dios. En su corazón floreció una clara fe en las promesas de Dios (1.17–19; 15.20–21) y una identificación con «el alma del pobre».²⁰

¿Está usted creciendo como Jeremías creció? ¿Es usted capaz de alabar al Señor mientras le sirve —incluso mientras padece? ¿Se ha dirigido usted a Dios únicamente con sus preocupaciones y clamores de confusión? Aprendamos de Jeremías (1^{era} Corintios 11.1; 1^{era} Pedro 2.20–25). ¡Qué gran profeta! ¡Qué gran varón de Dios!

LA PERCEPCIÓN DEL PROFETA (20.14–18)

A algunos autores les resulta difícil ver los versículos 14 al 18 en relación con el versículo 13. Esto fue lo que Jeremías dijo: «Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito. Maldito el hombre que dio nuevas a mi padre, diciendo: Hijo varón te ha nacido [...] ¿Para qué salí del vientre?...».

¿Cómo puede estar la alabanza tan estrechamente relacionada con clamores de desastre y desolación? Una buena descripción del cambio de enfoque que hizo Jeremías, ha sido dada por Theo. Laetsch:

Estando en la cima de la confianza llena de gozo, aquel corazón se hunde repentina, inesperada e inexplicablemente, en el más profundo abismo de negra desesperanza. ¡Deja de percibir por completo el amor, la gracia y la misericordia de Dios! Solo ve su desdicha, su destitución, sólo ve a la multitud que grita, a la chusma, a los malignos, a los impíos que ocupan los puestos altos, y que se burlan y se mofan, y que buscan su vida y atormentan su alma con sus acusaciones blasfemas. Y el Señor que hacía un momento estaba tan cerca a su lado, parecía ahora tan lejos, ¡tan espantosamente lejos!²¹

Puede que no se justifique el hacer notar con tanto énfasis el repentino cambio que hace el profeta al pasar del versículo 13 al 14. Si el énfasis se pone en el día, y no en el nacimiento, entonces no era de su nacimiento que Jeremías se estaba lamentando, sino de los terribles tiempos en los

cuales le correspondió vivir. La segunda parte del versículo 14 —«el día [...] no sea bendito»— hace precisamente este énfasis. Jeremías había luchado por aceptar los horribles eventos que venían sobre Judá (4.10–12; 5.1–5; 10.25).

Así como Jeremías veía ahora la protección que Dios prometió para él ante las amenazas de ellos, también veía el engaño que impedía a Judá darse cuenta del precio que había de pagar por sus malos caminos (vea 6.13–14; 8.6, 11; 14.13–14; 18.18). ¡El clamor de «paz, paz» era un engaño acerca de un día que debía maldecirse! Este mensaje ya se había dado (11.3; 17.5). Todo el mal que Dios había preparado, pronto había de ser derramado por completo (19.15); sin embargo, ¡el pueblo respondió azotando al profeta y poniéndolo en el cepo, por decirles a ellos que los tiempos eran malditos!

No era este un tiempo para gozarse por un nacimiento (vers.º 15) ni para celebrar como si todo estuviera bien. Jeremías había dado el mensaje de desastre (16.1–10); sin embargo, hasta ahora parecía estar entendiendo la importancia de este, y reconociendo que el pueblo no entendía cuán horroroso era lo que estaba a punto de ocurrir (vers.º 15–16). No era este un momento para celebrar, ni para hacer caso omiso de las advertencias. ¡Se trataba de la llamada con que Dios pedía que despertaran! Jeremías señaló concretamente lo que se necesitaba: «gritos de mañana, y voces a mediodía» (vers.º 16).

¿Había quién pudiera soportar el contemplar tanta muerte y carnicería, sabiendo que no había remedio? (Vea 14.16; 15.2–3.) En realidad, sí lo había: Este pueblo podía haberse arrepentido, pero no estaban dispuestos a hacerlo (13.22–27). Habría sido mejor no haber nacido que el tener que hacer frente al terrible fin que les esperaba. Jeremías solo estaba reconociendo la preocupante realidad que Dios había reservado para estos rebeldes. ¿De qué sirve en realidad salir del vientre, si lo único que le espera a uno es la experiencia de tribulaciones y aflicciones, y el tener que pasar todos los días «en afrenta»²² (del hebreo *bosheth*; vers.º 18)?

Jeremías había aceptado por fin las promesas que Dios le hizo, y el horroroso castigo que vendría sobre Judá. Sin embargo, ¡él cantó en su corazón, con la tristeza que le correspondía, un cántico de alabanza para el Dios que era más grande que todos los problemas de Judá!

²⁰ Del hebreo *'ebyon* —«... oprimido [...] dícese de alguien que sufre inmerecidamente, a pesar de ser un piadoso adorador de Dios [...] Amós 2.6 [...] Mt. 5.3» (Ibíd., 5).

²¹ Laetsch, 178.

²² Del hebreo *teru'ah* —«... clamor como de guerra, clamor para la batalla, Amós 1.14; Jer. 4.19; 49.2» (Tregelles, 874).